University of Rhode Island
DigitalCommons@URI

Senior Honors Projects | Honors Program at the University of Rhode Island

5-2007

The Tragedy of Death in the Pursuit of Spiritual Immortality, and the Physician's Response

Rachel Furman
University of Rhode Island, rbfurman@gmail.com

Follow this and additional works at: http://digitalcommons.uri.edu/srhonorsprog

Part of the Philosophy of Mind Commons

Recommended Citation
Furman, Rachel, "The Tragedy of Death in the Pursuit of Spiritual Immortality, and the Physician's Response" (2007). *Senior Honors Projects*. Paper 67.
http://digitalcommons.uri.edu/srhonorsprog/67

This Article is brought to you for free and open access by the Honors Program at the University of Rhode Island at DigitalCommons@URI. It has been accepted for inclusion in Senior Honors Projects by an authorized administrator of DigitalCommons@URI. For more information, please contact digitalcommons@etal.uri.edu.

Rachel Furman

Fauclty Sponsor: Dr. Robert Manteiga

Senior Honor's Project

May 15, 2007

The Tragedy of Death in the Pursuit of Spiritual Immortality, and the Physician's Response

(El anhelo de la inmortalidad, la tragedia de la muerte, y el rol del médico)

Introducción

Miguel de Unamuno y Jugo, 1864 – 1936, nació en Bilboa, España, en el País Vasco. Durante su vida, escribía profundamente, publicando novelas, obras teatrales, poemas y ensayos. En el año 1880, Unamuno se fue a Madrid para estudiar filosofía a la Universidad de Madrid. Algunos años después de terminar sus estudios en Madrid, se hizo rector de la Unidersidad de Salamanca, en 1900, por catorce años. En 1914, un año después de publicar *Del sentimiento trágico de la vida*, él fue despedido de la universidad por razones que hasta este día se desconocen. En el año 1920, vovlió a Salamanca y a la Universidad pero después de cuatro años fue exiliado por el dictador Primo de Rivera. Unamuno era muy conocido por sus sentimientos contra la monarquía y también por su promoción de la libertad de la religión, que era muy polémico en un país dominado por la Iglesia Católica.

En el exilio, dónde vivió un año en las Islas Canarias y cinco en Francia, escribió *La agonía del cristianismo* (1925), una de sus obras más influyentes. Al volver a España en 1930, Unamuno asumió de nuevo el puesto de rector en Salamanca. En 1933, escribió su última y quizás su mejor novela, *San Manuel Bueno, Mártir*. En 1936, Francisco Franco, quien acababa de hacerse con el poder del gobierno y quien, en un principio, Unamuno había apoyado, ordenó que Unamuno se quedara en su casa

permanentemente. Después de poco tiempo, Unamuno murió en Salamanca el 31 de diciembre de 1936. ("Miguel de Unamuno," *Dictionary*)

• • •

Este ensayo está dividido en tres partes: un análisis de ciertos temas en la filosofia de Miguel de Unamuno, un análisis de su novela *San Manuel Bueno, Mártir*, y una meditación personal enlazando las primeras dos partes con mis pensamientos. La primera parte va a enfocar en el anhelo humano de la inmortalidad: de dónde viene este anhelo y cómo intenta el hombre de perpetuarse. Para ilustrar estos conceptos, voy a mostrar cómo el hombre utiliza la fama y el amor para preservarse. Después de discutir estos conceptos del amor y la fama, voy a puedo empezar la segunda parte, que es sobre la novela *San Manuel Bueno, Mártir*. En esta sección voy a discutir la fe de Don Manuel y su rol, como cura, en su pueblo. Por fin, el carácter de Don Manuel es lo que va a dejarme introducir el rol del médico en la parte final, haciendo paralelos entre las dos figuras. De allá, voy a regresar a los conceptos de la primera parte, especificamente los del amor y de la fe pura, y tratar de ver qué lugar tienen en nuestra sociedad de hoy.

El propósito de este ensayo es más hacer preguntas que contestarlas, porque, para mí, son preguntas que no tienen soluciones concretas. Escribió Unamuno en su ensayo, "Mi Religión", "Yo he buscado siempre agitar y a lo sumo sugerir más que instruir. Ni yo vendo pan, no es pan, sino levadura o fermento" ("Mi Religión" 15). Y yo, de una manera algo parecida, sólo quiero aprender de y pensar en las ideas y cuestiones siguientes. Quiero dar a luz ciertos temas y extender algunas sugestiones con las cuales, en el futuro, quizás todavía estaré de acuerdo, o quizás encontraré erróneas.

I

El tema de la primera parte discute el deseo humano de la inmortalidad frente a la concienciación de su muerte, y cómo el hombre trata de preservarse. Primero, quiero discutir de dónde viene ese anhelo de inmortalidad. La creencia en la inmortalidad es algo basado en la esperanza. Esta creencia, que también podemos llamar *fe,* en la inmortalidad del alma es meramente y totalmente fundada en la esperanza porque la esperanza anda contra todas las justificaciones de la razón. No podemos racionalizar lo eterno como mortales, porque no lo conocemos. Pero, como no podemos afirmar que el alma siga viviendo depués de morirse el cuerpo, tampoco vale confirmar la muerte del alma. Escribe Unamuno sobre la fe en la existencia de Dios, "la razón no nos prueba que Dios exista, pero tampoco que no pueda existir" ("Del Sentimient" 184). De la misma manera, es posible decir que la razón no nos demuestra que el alma inmortal y eterna exista, pero tampoco que no pueda existir.

Al analizar las ideas de Unamuno sobre la existencia de Dios no quiero sugerir que basta sustituir 'alma inmortal' por 'Dios.' Sólo quiero ilustrar un paralelo entre estos dos conceptos, los dos correspondiendo al mundo Divino, eterno y también, para nosotros, contradictorio a la razón. Por eso voy a enfocar en una cualidad principal de Dios para servir este tema.

En su libro *Unamuno y los Protestantes Liberales*, Nelson Orrigner resume cuatro cualidades de Dios según Unamuno: 1) Dios tiene que existir para salvar al hombre; 2) Dios es amor, voluntad y personalidad antes que razón o pensamiento; 3) Él es uno y múltiple, finito e infinito, a la vez, pero más que todo, indefinible para la razón; y 4) tiene que salvar a todos (Orringer 124). Enfocando en la primera cualidad, podemos decir lo siguiente: que el hombre desea vehemente perpetuarse en la vida, pero, siendo un hombre mortal y temporal, no puede hacer esto él mismo. Entonces necesita algo (o alguien) del mundo eterno para garantizar la inmortalidad de su alma –

para salvarla. Sin embargo, la razón no puede conseguir en demonstrar la existence de Dios y el hombre, por siguiente, puede reaccionar en tres maneras. Puede expresar extrema falta de fe, puede entregarse a una fe ciega, o puede escoger un camino medio entre las dos cosas (Orringer 127).

Quizás esta tercera opción es la que escoge el hombre cuando trata de eternalizarse por medios de fama y amor, los cuales discutiré pronto. Al aprovechar una de estas estrategias, el hombre ni ha completamente abandonado la esperanza de la inmortalidad del alma ni se ha entregado a una fe ciega en ella. Expresa un cierto escepticismo por la inmortalidad, manteniendo un equilibrio entre los dos extremos.

Si no sabemos nada por cierto de la inmortalidad del alma, ¿por qué creer en ella? La creencia en la inmortalidad está fundada en la esperanza, pero ¿esperanza de qué? El hombre sabe que sí se va a morir y todavía no quiere morirse; lo cierto es la muerte del cuerpo pero de lo que pasará al alma nadie está seguro. De aquí surge la esperanza de que la muerte del hombre no es meramente la aniquilación del cuerpo *y* del alma. La fe en la inmortalidad del alma después de la muerte del cuerpo, es lo que mantiene esa esperanza y, también ella da al hombre una razón para quedarse en este mundo.

La idea que el alma podría dejar de ser le llena al hombre de miedo. "Tiemblo," escribe Unamuno, "ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne; tiemblo más aún ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material, de toda sustancia" ("Del Sentimiento" 75). Por creer en la inmortalidad del alma, puedo mantener la esperanza en que mi alma, que es yo, que es la esencia de mi vida, sobrevivirá en este mundo después de partir mi cuerpo de la vida.

Para la mayoría de los hombres, con su preciosa razón, no pueden sostener esta esperanza sólo con la fe. La fe abandona la razón, que engaña al hombre convenciéndolo que todo racional es verdad y toda verdad tiene razón. Abraza la fe, sin

duda, lo absurdo, con todos sus incertidumbres y riesgos (“Del Sentimiento” 73). Para suprimir este riesgo, los hombres tratan de racionalizar lo absurdo y realizar la inmortalidad de varios modos – cada uno representante, esencialmente, de un engaño superficial.

La primera manera que describe Unamuno es la fama. Escriben, pintan, esculpan, cantan los hombres para perpetuar su nombre en este mundo. Pero estos no son actos de fe sino manifestaciones de las dudas que invaden al hombre al dejar de creer en la inmortalidad del alma (“Del Sentimiento” 82). Cuando uno produce obras solamente con el propósito de preservar su nombre y asegurar su fama, anda con pura vanidad que le permite creerse superior a los demás. Este tipo de hombre tiene tanto miedo de morirse, en cuerpo y en alma, que gasta toda su vida tratando de garantizarse que su nombre y su reputación no serán olvidados. Unamuno expresa este sentido en el capítulo introductorio, “El hombre de carne y hueso”, escribiendo: “Todo eso de que uno vive en sus hijos, o en sus obras, o en el universo, son vaga elucubraciones con que sólo se satisfacen los que padecen de estupidez afectiva, que pueden ser, por lo demás, personas de una cierta eminencia cerebral. Porque puede uno tener un gran talento, lo que llamamos un gran talento, y ser un estúpido del sentimiento y hasta un imbécil moral” (“Del Sentimiento” 41). Su error principal es que “toma los medios por los fines” (“Del Sentimiento” 82). Por eso, él no goza de la vida. En hecho, yo quiero decir que no vive, no vive “verdaderamente”, porque no escribe ni pinta ni esculpa con placer sino con miedo.

La segunda manera en que los hombres tratan de preservarse es por el amor entre hombre y mujer. El amor aparece en dos formas, sexual y espiritual, las cuales generalmente existen juntas. El amor como una manera de perpetuarse es muy compleja, y este tema es lo que más me fascina. Dice Unamuno que el amor espiritual nace de dolor y de la muerte del amor carnal (“Del Sentimiento” 174). La primera vez

que Unamuno menciona el amor en relación a la inmortalidad es en el tercero capítulo, *El Hambre de Inmortalidad*, diciendo: “la sed de eternidad es lo que se llama amor entre hombres; y quien a otro ama es que quiere eternizarse en él” (68). El amor se presenta como la mejor manera, quizá, por la cual el hombre puede satisfacer su deseo para exisitr eternamente en cuerpo y en espíritu porque el amor está constado de esos dos componentes (Nozick 49).

Y, ¿por qué, o cómo, podemos eternalizarnos en el amor? En primer lugar, el amor produce en el hombre el deleite supremo, físico pero también espiritual. Y al sentir este deleite, que llena el hombre con una tremenda pasión de vivir, el hombre anhela nada más que vivir y vivir más, vivir para siempre, para siempre en este deleite, en este amor. Es por esta razón que Unamuno afirma que el amor es “la única medicina contra la muerte, siendo como es de ella hermana” (171). Unamuno discutió antes cómo el deseo vehemente de prolongar y perpetuar la vida lleva al hombre a la muerte por el suicidio. Este es porque estamos seguros que nuestros cuerpos van a morir, entonces concluimos que la única manera de eternizarnos es desgarrarnos de nuestros cuerpos y dejar nuestras almas para sobrevivir, para vivir por una eternidad. Pero, por y en el amor, uno se puede satisfacer el ansia suprema, que es el deseo por más y más vida, con el deleite supremo que eleva al hombre sobre la tierra sin la necesidad de dejar de ser.

El hombre intenta eternalizarse por el amor mismo cuando él forma una relación amorosa con una mujer. Sin embargo, no es suficiente utilizar el amor simplemente para este propósito porque el amor es solo una idea, una concepción que forma parte del mundo abstracto. Por eso, requiere que el hombre también utilice su amante para perpetuarse en ella, siendo ella algo concreta que él puede controlar (o, por lo menos, tratar de controlar). Es en este sentido que Unamuno nombra el amor “egoísmo mutuo” (173) en que cada uno de los amantes busca poseer al otro para perpetuarse en él.

Primero, el hombre puede perpetuarse en el amor de la misma manera que mencioné arriba, en el deleite supremo que siente al amar y ser amado. La otra forma en que la relación amorosa entre hombre y mujer sirve para preservar el alma es en la memoria de uno después de la muerte del otro. Este concepto sirvirá como la base de la segunda parte de este ensayo. La idea es que si uno vive, físicamente y temporalmente, en una relación amorosa con otro en esta tierra, cuando él se muera su alma seguirá viviendo en este mundo en la memoria de su amante sobreviviente. De esta manera él ha obtenido la inmortalidad de su alma, porque durante su vida él ha dado parte de sí a su mujer para este propósito. Pero yo estoy preocupada con la cuestión, ¿qué pasa del alma de la mujer (por ejemplo) que todavía está viva. Si ella ha dado parte de sí mismo a su amante esperando la inmortalidad de su alma, ¿se ha muerto ésta parte de ella con su amante? Si no, ¿es imposible ahora, para ella, para su alma, obtener la inmortalidad?

Vamos a dejar estas preguntas por un momento, y volveramos a ellas después de una discusión sobre los roles de personas notables de una comunidad, específicamente el médico, quien por lo regular se enfrenta con la muerte de otros y se encuentra en la posición de tener que consolar a los amigos, las familias, y los amantes profundamente afectados por el dolor.

II

Considerando la cuestión de la fe en la inmortalidad del alma, la novela de Miguel de Unamuno, *San Manuel Bueno, Mártir* sirve como un buen ejemplo de la función que tiene un párroco en su pueblo. Como en esta novela, una de las funciones del cura es consolar a la gente de una comunidad manteniendo su fe espiritual. En *San Manuel Bueno*, surgen los problemas de engaño y falta de fe. La acción se concentra en el gran secreto de Don Manuel, que es su falta de fe en una vida más allá de la muerte. Observamos el desarrollo de la personaje de Don Manuel en cada una de sus relaciones con los otros protagonistas, especificamente con Lázaro, Angela y Blasillo el tonto.

La historia, contada por Angela Carballino después de la muerte de Don Manuel, se trata de este mismo párroco en la aldea Valverde de Lucerna. En las primeras páginas, Angela nos describe la vida y las responsibilidades de Don Manuel como, "arreglar matrimonios desavenidos, reducir a sus padres hijos indómitos o reducir los padres a sus hijos, y, *sobre todo, consolar a los amargados y atediados y ayudar a todos a bien morir*" ("San Manuel" 4). Esta narración quiere presentarnos a Don Manuel como sujeto, y no objeto. Es decir, en esta novela no importa tanto la ocupación universal del párroco, Don Manuel el cura, sino los sentimientos y pensamientos subjetivos de Don Manuel el hombre, *hombre de carne y hueso*, como diría Unamuno.

Aprendemos, durante el curso de la novela, que Don Manuel vive una vida llena de angustia y temor. Desde el exterior, Don Manuel aparece al pueblo como un santo en esta tierra, quien emite un aire de tranquilidad y sabiduría que calma a todos que se encuentren con él. Pero a través de la narrativa podemos ver la inquietud que reside en su corazón. En el principio de la novela, Angela cuenta cómo Don Manuel huía del ocio, siempre mantiendose ocupado intelectualmente y manualmente. Pero más que el ocio, Don Manuel tiene cierto miedo de la soledad, y esta es la razón por la cual no sólo vive

una vida tan activa sino además vive constantemente tratando con la gente del pueblo. Recuerda Angela, “con aquella su constante actividad, con aquel mezclarseen las tareas y las diversiones de todos, parecía querer huir de sí mismo, querer huir de su soledad” (“San Manuel” 13). Como el párroco en Valverde de Lucerna, Don Manuel toma su agustia y la transforma en un instrumento para hacer bien y ayudar a la gente (Nozick 167). Es decir, acercarse con la gente todos los días, él consuela a sí mismo consolándoles a ellos.

Al revelar su gran secreto, que no cree en el más allá, se origina la cuestión de engaño en esta historia. Según Marie Panico, Unamuno admite el engaño aquí, pero mantiene que está justificado en este caso (Panico 471). El lector, en este momento, se pregunta, y con buena razón, ¿cómo, y por qué, puede Don Manuel andar consolando a la gente asegurándoles de una vida después de la muerte, si él no cree en ella él mismo? ¿Es posible que ciertos engaños sean justificados?

III

Las preguntas al fin de la segunda parte nos llevan al tema central de la tercera, que quiere investigar el rol del médico en nuestra sociedad. Muchas veces, cuando alguien se muere, el médico del paciente es él que tiene que informar a la familia, los amigos o el esposo o la esposa de la muerte. Y, generalmente, el médico siente cierta responsiblidad de tener que consolarles a ellos. Algunos de estos consuelos suenan como así: "todo saldrá bien…", "su madre ha viajado a mejor lugar…", "ahora él está con Dios, en el cielo…", "debes conservarlo en la memoria, y acordarse de los tiempos felices con él…" y hay cientos más frases típicas como éstas.

El problema central que brota de esta situación nos aparece cuando consideramos, *¿quién es* este doctor que trata de consolarme del dolor de la pérdida de mi ser querido? ¿En que cree él, y qué sabe él del muerto, por quien lloro, y qué sabe de nuestra relación? Cuando el doctor intenta consolar a los afligidos con esas frases vagas y universales, cierto que él, intencionalmente o no, también está engañándolos, como Don Manuel engañaba a la gente de Valverde de Lucerna.

Este problema de engaño que no es malicioso me interesa porque quiero ser médica. Y como médica, tal vez un día tenga que decir éstos engaños para tratar de consolar a un paciente que está muriendo o a la familia del muerto. El propósito de la investigación y el análisis que hice en la primera parte fue para mi benificio en el sentido que quise enriquecerme con algunos métodos de ver la muerte. No espero, ni quiero, encontrar un solo sentido de la vida ni de la muerte. Pero al investigar nuevos conceptos, espero poder ayudar o consolar a más personas, que poseen varias creencias sobre la inmortalidad, la fe y el amor, cuando me encuentre en una situación en que tengo que consolarlas.

Como la médica, cuando un paciente ha muerto, no importa tanto mis creencias personales. Por ejemplo, considera una situación en que el esposo de una mujer se ha

muerto recientemente. En esencia, sólo se puede consolar a esta mujer afirmando las creencias o la fe que ella ya tiene. En haciendo esto, se da a ella la confirmación que su esperanza y su fe no son vanas, y esto es lo que va a consolarla. Si esta mujer ha intendado eternalizarse en su esposo, y él en ella, quizá lo mejor sería consolarla diciendo que una parte de ella todavía está con su marido, en el más allá; y parte de él todavía está viva con ella en esta tierra, en su memoria.

Works Cited

"Miguel de Unamuno." *Dictionary of Hispanic Biography.* Gale Research, 1996. Reproduced in *Biography Resource Center.* Farmington Hills, MI: Thomson Gale. 2007. <http://galenet.galegroup.com/servlet/BioRC>.

Nozick, Martin. *Miguel de Unamuno.* New York, NY: Twayne Publishers, Inc., 1971.

Orringer, Nelson R. *Unaumuno y los protestantes liberales (1912).* Madrid, Spain: Editorial Gredos, S.A., 1985.

Panico, Marie J. "Unamuno: Doubt or Denial?" *Hispania.* 46.3. (Sept., 1963): 471-275.

Unamuno, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida.* Buenos Aires, Argentina: Longseller S.A., 2004.

---. *Mi religión y otros ensayos breves.* Buenos Aires, Argentina: Cía. Editora Espasa-Calpe, 1942.

---. *San Manuel Bueno, mártir.* Newburyport, MA: Focus Publishing, R. Pullins & Company, Inc., 2005.